

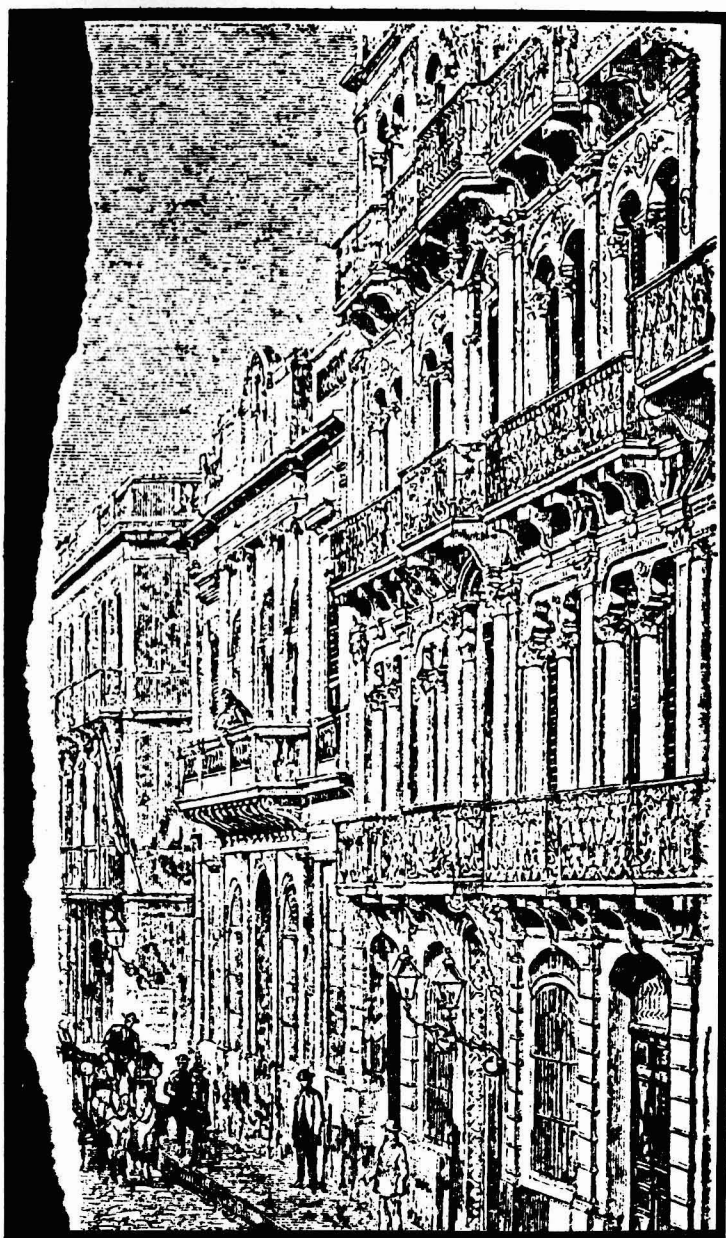
João
Guimarães
Rosa

i mágenes de Medeiro Vaz

m

medeiro Vaz era hombre conforme y sesudo, en los usos formado, no gastaba las palabras. Nunca relataba antes el proyecto que tuviese, qué marchas iban a amanecer, para darse. También, todo en él decidía la confianza de obediencia. Hue-soso, con la nuca enorme, cabezota medio baja, era el dueño del día y de la noche; que casi no dormía más: siempre se levantaba en medio de las estrellas, recorría el alrededor, vago-roso, a pasito, calzado con sus buenas botas de jabalí caititú, tan antiguas. Si en honrado juicio pensaba que estaba en lo cierto, Medeiro Vaz era solemne de los de guardar el rosario en la faltriquera, hacerse la señal de la cruz y dar firme orden de matar una a una las mil personas. Desde el comienzo, apreció aquella fortaleza de otro hombre. Su secreto era de piedra.

Ah, estoy vivo, repasado: Me acuerdo de las cosas antes de que sucedan... ¿Clarea con esto mi fama? Remé vida suelta. Sertón: estos vacíos suyos. Usted va. Algo, todavía encuentra. ¿Vaqueros? Cuanto antes —a uno, al Claro de Uru-cuica— a donde tanto buey barrea... O el más lejano: vaqueros del Matagal-Verde y del Riachuelo del Rompe-Enmiendas: su caballo conversa cuchicheo —lo que se dice— para dar sesudo consejo al caballero, cuando a nadie más tiene cerca, capaz de escuchar. Creo y no creo. Hay cosas y cosas y la o de la raposa... De allí para acá, viene usted, en los comienzos del Cariñaña y del Piratinga hijo del Uruchuia; que los dos, de dos, se dan las espaldas. Salen de las mismas charcas, buritizales enormes. Por allá, la serpiente sucurí gime. Cada surucurirú de los gruesos: vuela al cuerpo del venado y se le enrosca, ahoga: ¡treinta palmos! Todo allí es un barro pegajoso, que retiene hasta el casco de la mula, arranca herradura por herradura. Con miedo de la madre-culebra, se ve mucho bicho retrasarse ponderado, a la paz de la hora de poder beber agua, aquellos escondidos detrás de los tocones de buritirana. Pero el sasafrás forma matas guardando el pozo; lo cual que huele a un buen perfume... El yacaré grita una, dos, las tres veces, ronco ronquido. El yacaré impresiona: ojarrón, rizado del barrizal, feo mirándole a uno. Eh, él sabe engordarse. En las lagunas en donde ni uno de alas se posa, a causa del hambre del yacaré y de la piraña sierra fina. U otra: laguna que ni abre el ojo, de tanto junco. De allí, de lejos en lejos, los charcos se van volviendo ríos. El buritizal viene con ellos, el burití sigue, sigue. Para cambiar de cuenca, usted sube por laderas de el-de-mesa, entra de coz en la planicie, gran planicie que ya no se devuelve. Agua, allí no hay ninguna: sólo la que usted lleva. Aquellas llanuras anchas, llenas de avispa mutucas aguijoneando a la gente. ¡Mutucas! Da el sol, con fuerte oleada, dale que dale, la luz tanta machuca. Los cabellos





Poco después de llegar a nuestro país los primeros ejemplares de la versión castellana de *Gran Sertón: Veredas* (Seix Barral, 1967) de João Guimarães Rosa, corrió la noticia de su muerte. Días antes se le había reconocido en su patria como a uno de sus grandes escritores. *Gran Sertón: Veredas* es una obra de arte. La versión a nuestro idioma, por Ángel Crespo, es ejemplar. Guimarães lo confesó, no sin entusiasmo: "Debí haberla escrito en castellano; es una lengua más fuerte, más adecuada para el tema." El tema: el soliloquio de un jagunço, de un bandolero del sertón, que busca su propia identidad y presente, a medida que su monólogo es una vasta confesión, la naturaleza de sus deseos. La partida tiene por jefe a Medeiro Vaz —algunas de cuyas imágenes, asociadas no por predilección sino como muestra del estilo y la belleza de la novela— ofrecemos al lector y, por móvil de la memoria, a Diadorín, bajo cuya sombra amiga Riobaldo, el protagonista, va descubriéndose a sí mismo en el caos aparente de sus recuerdos. El sertón —"campos son sin tamaño; hacendones de hacienda, praderíos de prados..."—, trasfondo de otra obra memorable: la de Graça Aranha, cobra en la de Guimarães una dimensión diferente: la de un mundo sin límites evidentes, como la conciencia de sus personajes; cuya aventura en el sertón es, al fin, una aventura dentro de sí mismos.

João Guimarães Rosa nació en una pequeña ciudad de Minas Gerais, en 1908. Médico de profesión, la ejerció en pueblos y en el ejército. Diplomático y, al cabo de su vida, funcionario del Departamento de Fronteras. Su obra: *Magma* (poemas aún inéditos); *Sargama*, 1946; *Corpo de baile*, 1956; *Gran Sertón: Veredas*, 1956 (traducida al inglés, por James L. Taylor y Harriet de Onís; al francés, etc.), y *Primeiras estórias*, 1962; libro del que *Mundo Nuevo*, No. 6, diciembre de 1966, dio a conocer, en excelentes versiones de Virginia Fagnani Wey, tres relatos: *Las márgenes de la alegría*, *Soroco*, *su madre*, *su hija* y *La bienhechora*.

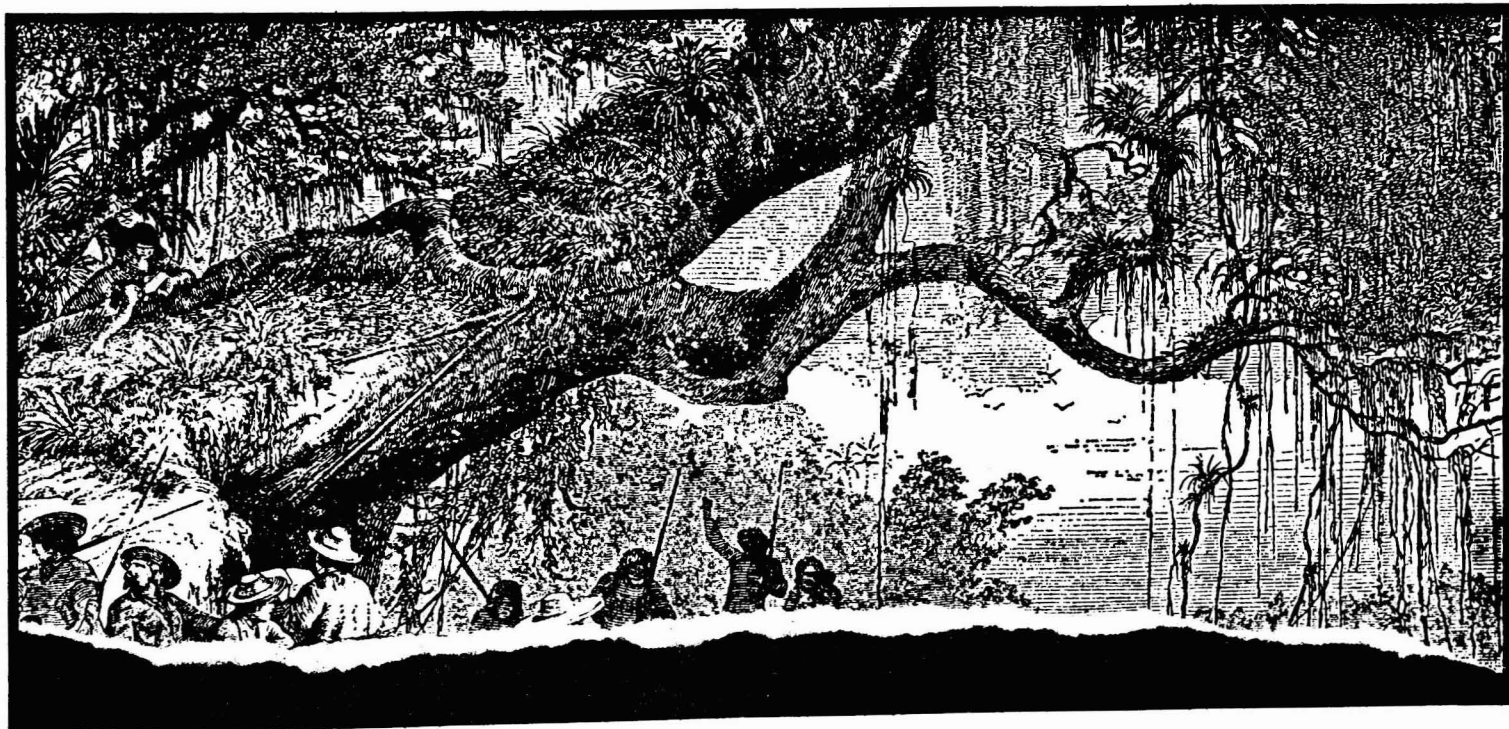
sudaban sal y espuma. Muchas veces, la gente hacía, por las picaduras, en el mato, por el camino del tapir, ida de la venida... De noche, si está de ser, el cielo exagera un brillo. La cabeza casi tropieza en ellas. ¡Bonito, en mucho comparcer, como el cielo de estrellas a mediados de febrero! Pero en no-luna, en lo oscuro hecho, es un oscurón que ata y te mata. Es noche de mucho volumen. Toda tiniebla del sertón me ha hecho siempre mal.

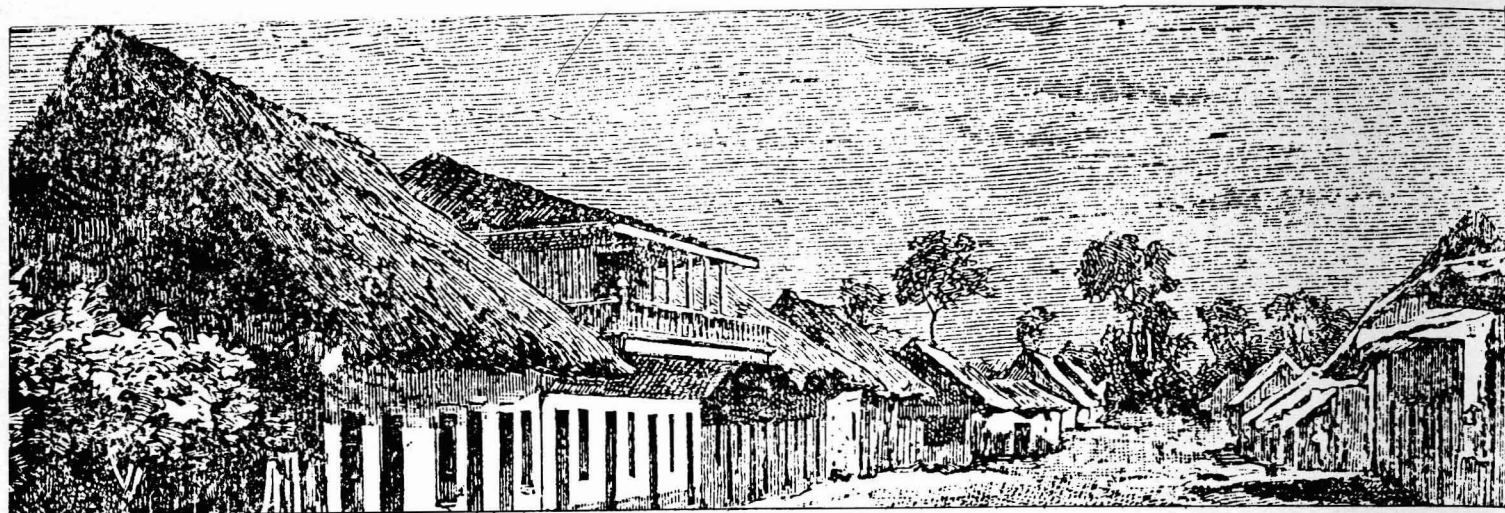
Medeiro Vaz no era rutinario. Sólo de gran sesudez, de praxis, hombre sentado. A veces venía hablando sordo, de refunfuño. Con él, nadie administraba. De natural callado, siempre aceptaba todo justo y buen consejo. Pero no alababa al coro. ¿Estaban hablando todos juntos? Entonces, Medeiro Vaz no estaba allí. ¿Qué había sido antaño la misma historia suya, sabe usted? Cuando mozo, de antepasados de posibles, recibió gran hacienda. Pudo administrar y quedar situado. Pero vinieron las guerras y los desmanes de los yagunzos: todo era muerte y robo, y desrespeto carnal de las mujeres casadas y doncellas, fue imposible cualquier sosiego, desde que cuando aquella inmundicia de locura subió a las sierras y se esparció por los generales. Entonces, Medeiro Vaz, al final de fuerte pensar, reconoció su deber: lo dejó todo, se deshizo de lo que abarcaba, en tierras y ganados, se liberó leve como si quisiera volver a su solo nacimiento. No tenía bocas de persona, no sostenía herederos forzados. A lo último, hizo el hizo: con sus propias manos prendió fuego en la distinguida casa de la hacienda, hacendón, sido de padre, abuelo, bisabuelo; vigiló hasta el vuelo de las cenizas; allí, hoy, hay arboledas. A lo que ahí era donde la madre estaba enterrada, un cementerio al lado de la espesura; entonces, deshizo cerca, esparció las piedras: pronto, aliviado se juzgaba ahora, nadie podía descubrir, para removerlo con deshonra, el lugar donde se conseguían los huesos de los parientes. Entonces, relimpio de todo, escurrido dueño de sí, montó a la jineta, con racimos de armas, reunió una chusma de gente valerosa, mocedad de los campos, y salió por esos rumbos a imponer la justicia. Durante años, andaba, dicen que se fue volviendo cada vez más raro. Cuando conoció a Joca Ramiro, encontró entonces una esperanza mayor: para él, Joca Ramiro era el único hombre, par de Francia, capaz de hacerse cargo de este sertón nuestro, mandado por ley de sobregobierno. El hecho es que Joca Ramiro también salía igualmente por justicia y alta política, pero sólo en favor de amigos perseguidos; y conservaba siempre sus buenos haberes. Pero Medeiro Vaz era de una raza de hombres que no encuentra usted ya; yo aún los vi. Tenía una visión tan fuerte que, a su lado, hasta el doctor, el cura y el rico se componían. Podía bendecir o maldecir, y un hombre más joven, por valiente que fuese, no se rebajaba por besar su mano. Por eso, todos nosotros obedecíamos. Cumplíamos llanto y risa, locura de juicio. Teniente en los campos generales era él. Eramos los medeirovaces.

Dicha la razón, de buena cara se aceptó cuando conforme Medeiro Vaz con sus pocas palabras: que íbamos a cruzar el Liso del Susuarón y avisar de guerrear en las hondadas de la Bahía. Hasta, tanto, hubo, notándose un rebullicio de festejo. Lo que nadie todavía no había hecho, sentíamos que podíamos hacerlo. Como fuimos: desde allí, del Vespé, danzamos bajando barrancos y escurridero. Después subimos. La parte de más árboles, de la espesura, crece al caminar hacia las cabeceras. Un buey *bravura* puede surgir del matorral, muy furioso con que de nosotros nunca supo: viene, tan feo, peor que onza. Se veían bandos tan largos de araras, en el aire, que parecían un paño azul o rojo, desenrollado, deshilachado en los lomos del viento caliente. Entonces, bajamos más todavía y, de repente, llegamos a una bajada toda avistada, feliz de tan apacible, con una laguna muy correcta, rodeada de un buritizar de los más altos: palmera burití, verde que afina y reviste, bellibez. Y había los restos de una casa que el tiempo venía destruyendo; y un matorral de bambúes por antiguos plantado; y un ranchito. Allí se llamaba los Bambúes del Buey. Allí habíamos de pernoctar y disponer las finales preparaciones.

Yo estaba de centinela, apartado un cuarto de legua, en un alto altozano. Desde allí, veía aquel movimiento: los hombres,

vistos tamañitos como niños, con alegría, como nube de abejas en flor de arazá, aquel alborozo, como quitándose la ropa y corriendo para aprovechar y bañarse en el redondo azul de la laguna, de donde huían espantados los pájaros: las garzas, los yaburúes, los ánades y unos bandos de patos negros. Parecía que por saber que el otro día principiaba el peso de la vida, los compañeros querían ahora únicamente saltar, reír y gozar su porción. Pero diez tenían que quedar siempre prontos, con sus rifles y granaderas, que Medeiro Vaz así lo mandaba. Y, a la tardecita, cuando volvió el viento, era un fino soplado seguido, en las palmas de los buritjes, arrulladas una a una. Y el bosque de bambúes, casi igualmente. Sonido bueno de lluvia. Entonces, Diadorín vino a hacerme compañía. Yo estaba medio dudoso. Tal vez, quien tenía más recelo de lo que iba a suceder era yo mismo. Lo confieso. Yo, aquí, no madrugué en lo de ser valiente; esto es: el valor, en mí, era variable. Ah, en aquellos tiempos no lo sabía, hoy es cuando lo sé: que para que uno se transforme en ruin o en valentón, ah, basta mirarse un minutito en el espejo, porfiando en poner cara de valentía: ¡o cara de ruindad! Pero mi competencia fue comprada a todo costo, caminé con los pies de la edad. Y, le digo a usted, aquello mismo que la gente recela hacer cuando Dios lo manda, después, cuando el diablo lo pide, se realiza.





¡El Condenador! Pero Diadorín estaba de suaves —Mira, Rio-baldo—, me dijo, —nuestro destino es de gloria. En hora de desánimo, tú te acuerdas de tu madre; yo me acuerdo de mi padre...— No hables de ellos, Diadorín... Quedarse callados sí que es hablar con los muertos... Me faltó seguridad para responderle lo que me estaba pareciendo. Que mi deseo era poner los dedos, levemente, lo leve, en sus dulces ojos, ocultando, para no tener que tolerar ver así la llamada, hasta qué punto aquellos ojos, me habían siempre —aquella belleza verde— enloquecido, tan imposible.

Dormimos bien. De mañanín —modal de aves y pájaros en revuelo, y píos y cantos— todos discurríamos, nos desparramábamos, atareados, ayudando para lo último. Los odres de cuero fueron henchidos en las nacientes de la laguna y angarillados en las espaldas de los borriquillos. También habíamos traído jumentos, por cuestión de cargar, los caballos todavía pastaban un poco, del pasto-grama que les tapaba los pies. Se decía mucha alegría. Cada uno agarraba también su calabaza de agua y en el morral lo diario de valerse con qué comer: pazoca. Medeiro Vaz, después de no decir nada, dio orden de proseguir. Primero, por delante, fue un bando de cinco hombres, la patrullita. Constante que con nosotros estaban tres buenos rastreadores —Suzarte, Joaquín Beijú y Tipote aquel Tipote conocía medios de descubrir hoyos y grutas con lo potable, el Suzarte desempeñaba un olfato de perro-maestro y Joaquín Beijú conocía cada rincón de los generales, de día y de noche, referido deletreado, si quisiera podía mapear un plano. Salimos, semovientes. Seis novillos gordos conducíamos, servían para carnear en ruta. De repente, con nosotros apartándonos, todos los pájaros volvían del cielo, que descendían a sus lugares, en punto, en las frescas orillas de la laguna; ah, el parlendaje en el buritizar, qué lejos, por el lado de atrás, por cima de los bosques, reventaba, aquella grandiosidad. Día desdoblado.

En eso que nos metimos en un cercado de mangabas, yendo sin volencia, hasta cerca de la hora del almuerzo. Pero el terreno aumentaba de soltura. Y los árboles se iban bajando, menoritos, arregazaban las sayas del suelo. De ir allí, sólo algún armadillo, a por miel y mangaba. Después, se acababan las mangabaranas y mangaberinas. Allí donde el campo ensancha. Los urubús en lo vasto espaciaban. Se acabó el gramal de grama-redonda y espantajo, y árboles espinosos, que hasta las matas eran de plateados haces, pastos asina. Se acaba el gramal en aquellos parajes prados. Aquellos, llegando poco a poco, producía un peso astrato, el mundo envejeciendo, en el descampante. Se acabó el sapé silvestre de la llanura. Mirábamos para atrás. Desde allí, el sol no dejaba mirar a rumbo ninguno. Vi la luz, castigo. Un gavilán-golondrina: fue el final de pájaro que publicamos. Hallándose, pues, se estaba en aquel sitio: hacendón de fondo, esponjoso abertal, aborrecido. Era una tierra diferente, loca, y laguna de arena. ¿Dónde estarían

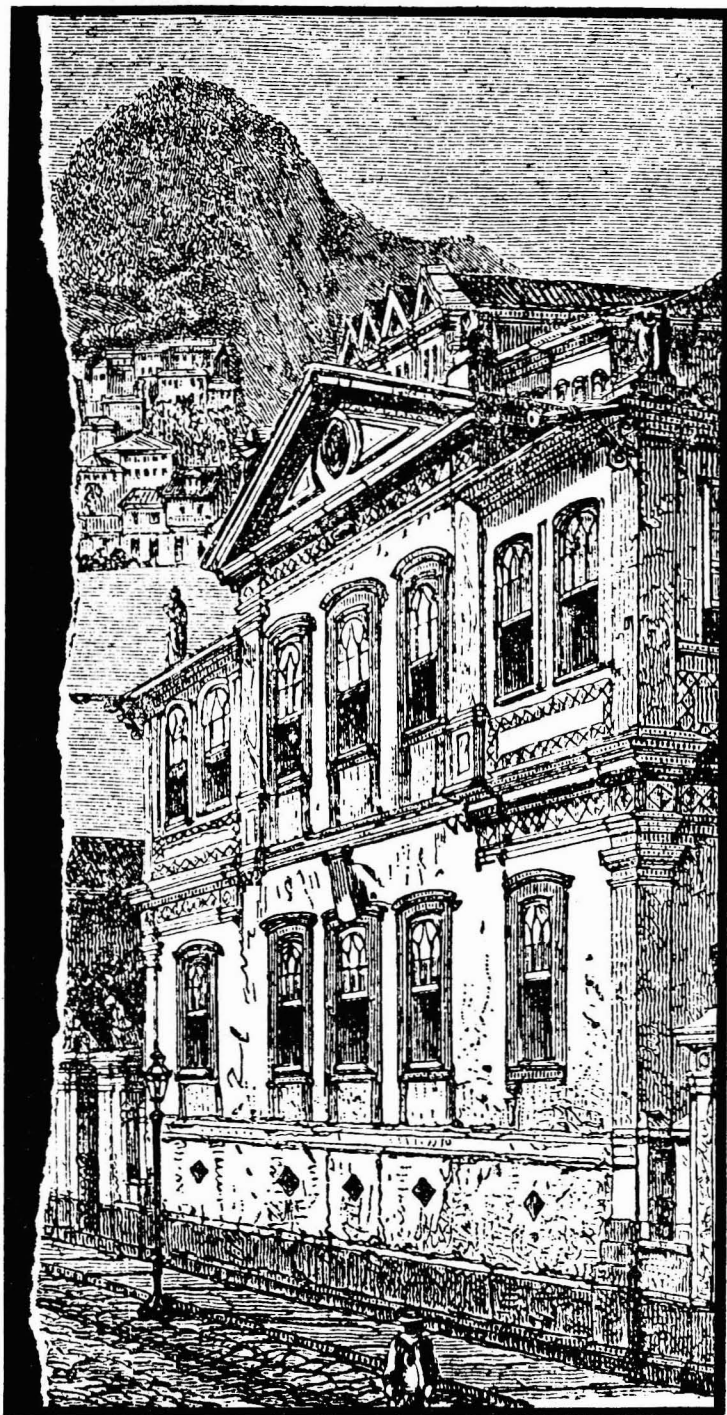
sus restos, confinantes? El sol vertía en el suelo, con sal, centelleaba. De tarde en tarde, yerbas muertas; y porción de seca planta, como cabellera sin cabeza. Exhalarrastraba la distancia, delante, un amarillo vapor. Y fuego comenzó a entrar, como el aire, en nuestros pobres pechos.

Le expongo a usted que el sucedido sufrimiento sobre fue ya completado al comienzo; desde allí, sólo más aumentaba. Y lo que estaba para ser. Lo que está para suceder: ¡son las palabras! Ah, porque. ¿Por qué? Juro que: exactamente en los instantes de pisar el raso, un sujeto de los compañeros, un Juan Bugre, me dijo, o dijo a otro, a mi lado:

...el Hermógenes tiene pautas... Se entendió con el Capiroto... —Yo oí aquello demás. ¡El pacto! Se dice; usted lo sabe. Tontuna. Una persona va, a medianoche, a una encrucijada, y llama fuertemente al Cuyo; y espera. Si siendo, viene que viene un remolino, sin razón, y, arre, comparece una puerca con una nidada de pollitos, si no es una gallina empujando una barrigada de lechones. Todo equivocado, remedador, sin completamiento... ¿Entiende usted imaginariamente? El crespó —la gente se sujeta— da entonces un olor de pez quemada. Y lo dicho: ¡El Cojo toma especie, se forma! Es preciso conservar el valor. Se firma el pacto. Se firma con sangre de persona. El pagar es el alma. Mucho más después. ¿Lo ve usted? Superstición parva. ¡Sandeces!... —*El Hermógenes tiene pautas*... —Probé. Lo admití. ¿Nadie podía con él? El Hermógenes: demonio. Sí, sólo esto. Era él mismo.

Las personas vinimos del infierno —todos nosotros—, mi compadre Quelemén instruye. De unos lugares inferiores, tan monstruo-miedosos que Cristo mismo sólo consiguió hundir allí un momento la gracia de su sustancia iluminable en las tinieblas de la víspera del Tercer Día. ¿Quiere creerlo usted? Que allí el placer trivial de cada uno es hacer judiadas a los demás, buen atormentar, y el calor y el frío persiguen más; y, para digerir lo que se come, es preciso hacer fuerzas en mitad, con fuertes dolores; y hasta respirar cuesta dolor; y ningún sosiego no se tiene. ¿Si me lo creo? Lo encuentro discutible. Repienso en el campamento de la Macaúba de la Jaíba, en vista de lo que vi y asaz me contaron; y en otros: las ruindades rutinarias que ejecutaban en tantos pobres campamentos: baleando, faqueando, destripando, agujereando los ojos, cortando lenguas y orejas, no economizando a las criaturas pequeñas, disparando sobre la inocencia del ganado, quemando personas medio vivas todavía, en la orilla de estrago de sangres... ¿No han venido esos del infierno? Recuerdos. Se ve que han subido antes del plazo, me figuro que con destajo de castigar a los demás, ejemplificación para nunca olvidarse de lo que está reinando por debajo. Y más, que muchos recaen para allá, en muriendo... Vivir es muy peligroso.

Pero lo infernal, también estábamos midiéndolo. Digo. Igual, igualmente. Las lluvias ya estaban olvidadas, y el meollo del mal del sertón residía allí, era un sol en lo hueco. Avanzábamos



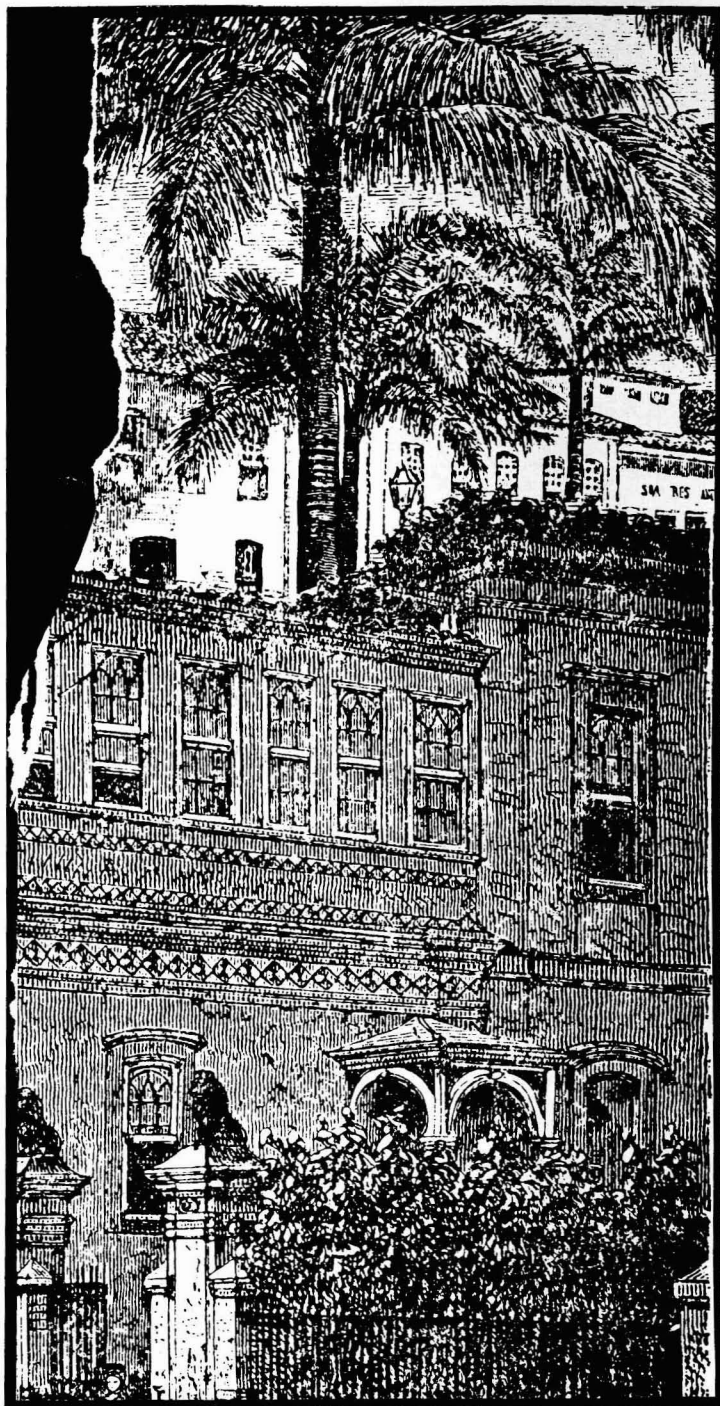
unas pocas brazas, y pisábamos la densidad de la arenaza, arena que se escabullía, sin firmeza, echando para atrás los cascos de los caballos. Después, nos encontrábamos en un entrenzado de viceversa, con espinos y rastrojo de graviá, de áspera raza, verdinegro, color de culebra. No teniendo camino. Desde allí, se llega a un duro rosado o ceniciento, agrietado y escabroso; al desentenderse de aquello, los caballos se respingaban. Diadorín —siempre aplomada la cabeza— con su sonrisa me doblaba el ansiar. Como si dijese: —Eh valientes somos, echaos p'álante, más que nadie; qué vamos a padecer y morir por aquí...— Los medeirovaces... ¿Se había adelantado Medeiro Vaz, con los que rastreaban? ¿Se podría, aún, retroceder? Poco a poco, vi visiones. Los compañeros prosiguiendo, sólo prosiguiendo, recelé tener un vértigo, como atontamiento de cogorza. ¿Había yo de saber por qué? Me parece que procedía de excesos de ideas, pues caminatas peores ya había hecho, a caballo o a pie, bajo el tuestasol. Miedo, mi miedo, Aguanté. Me pesaba tanto todo lo que iba cargando; sentía las correas de los correajes, las formas. A la legua y media de andada, bebí mi primera chupada de agua, de la calabaza: sentía avaricias. Alguna justa noción no consideré, pensaba descoyuntadamente. Hasta que tropezamos. Hasta que, en el mismo modelo de lugar, sin mudanza ninguna, ningún árbol ni barranco, ni nada, se vio al sol deslizarse a un lado y armarse la noche por el otro. Ni auxilié en hacerme cargo de los bueyes, ni en soltarles a los burros la albarda. ¿Dónde iban a poder pastar los animales? Se redondeó la noche, noche sin boca. Desenjaecé, maniaté al animal, caí y dormí. Pero, en el extremo de adormecerme, todavía cavilé dos cosas, ¡por estas!: ¿que Medeiro Vaz era un insensato? y que ¡el Hermógenes era un pactario! Pienso que esos frenos cerraron mis ojos. De Diadorín, ahí que yace descansando a mi lado, así oí: —Duerme, pues, Riobaldo, todo ha de resultar bien...— Más bien palabras que punzaron en mí una cómezón cansada; pero su voz era el ea-ea para la nana de mi cuerpo. Noche aquella, astucia de sueño que yo tuve: Diadorín pasando por debajo de un arco iris. Ah, si pudiese gustarme: los gustares...

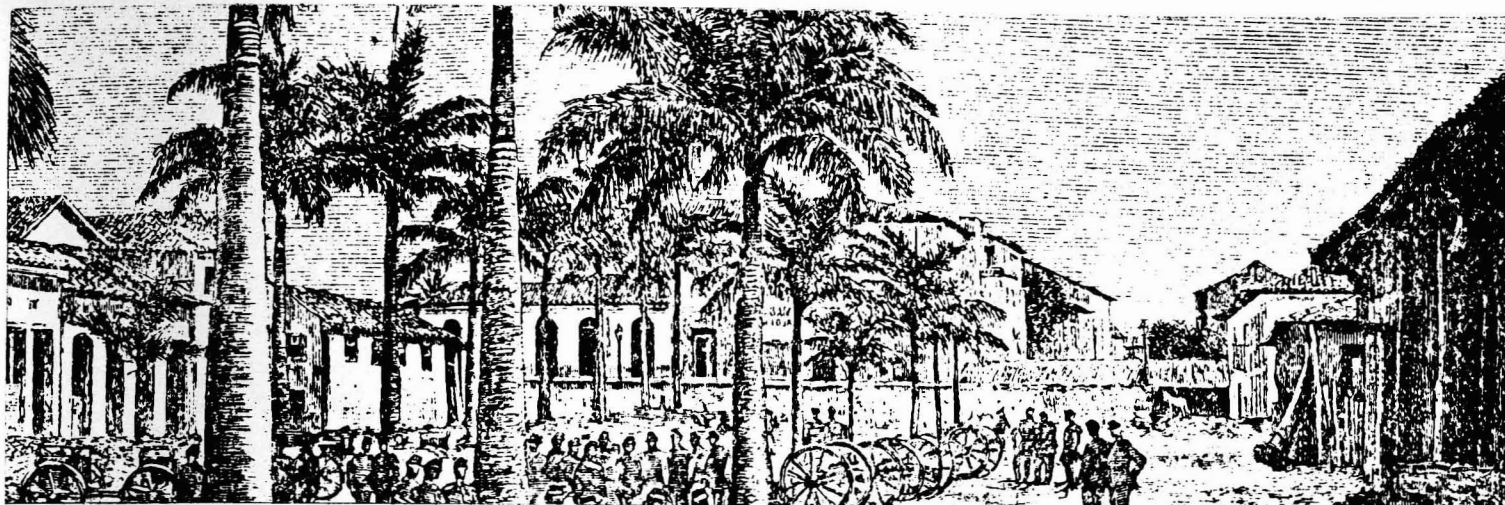
¿Cómo voy a poner orden para decirle a usted la continuación del martirio, desde que quebró el alba, al siguiente, en la brumalba de aquel fallecido amenecer, sin esperanza en nada, sin lo sencillo de los pajaritos faltadores? Nos fuimos. Yo bajaba los ojos para no retener los horizontes, que cancelados no alteraban, complementaban. Del sol y de todo, usted puede completar, imaginado; lo que no puede, para usted, es haber sido, vivido. Sepa tan sólo: el Liso del Susuarón concebía silencio y producía una maldad ¡como una persona! No destruí aquellos pensamientos: ir, e ir, venir: ¡y solo!; y que Medeiro Vaz era demente, siempre existiendo enloqueciente, sólo que ahora peor, se destapaba; era lo que yo tenía urgencia de gritar. ¿Y los otros, los compañeros, qué es lo que los otros pensaban? ¡Qué se yo! Seguro que nada y nones —iban como de costumbre— ser-

taneros tan sufridos. El yagunzo es hombre ya medio desistido de por sí... ¡La calamidad de lo caliente! Y el abrasamiento, lo estufoso, el dolor del calor en todos los cuerpos que tenemos. Los caballos venteando; sólo se oía su resoplo, cavabalan- ceos, y el trabajo costoso de sus pisadas. Ni menos señal de sombra. Agua no había. Pasto no había. De beber a los caballos en artesa de cuero hecha, y dosificar de a mitad, estirando ellos los pescuezos para pedir, miraban como a sus cascotes, mostrando todo lo que se vencían en el esfuerzo, y cada quedar de bebida tenía que ser ahorrado. Se iba yendo, la pesadilla. Pesadilla misma, de delirios. Los caballos gemían incredulidad. Ya poco facilitaban. Y nosotros estábamos perdidos. Ningún pozo se encontraba. Toda aquella gente surumpeaba con los ojos roji- zos, se amorataban las caras. La luz asesinaba demás. Y dába- mos vueltas, olfateando los rastreadores, buscando. Ya había quien besaba los escapularios, se rezaba. Por mi parte, entregué el alma al cuerpo, inclinando hacia la silla, en un rompimiento. Hasta la frente se me volvió plomo. ¿Vale la valentía a todas horas? Repensé cosas de cabeza-blanca. ¿O estaba desvariando? La añoranza que me resultó fue la de Otacilia. Moza que daba amor por mí, existía en las Sierras de los Generales Buritíes Altos, fuente de vereda— en la Hacienda Santa Catalina. Me refresqué con ella, como en el decir de una música, otra agua probada ya. Otacilia quería vivir o morir conmigo, que nos casásemos. La añoranza se mantuvo corta. A partir de unos versos:

*Burití, palmera mía,
en la vereda de allá;
casita del lado izquierdo,
ojitos de ola del mar...*

Pero siendo los ojos verdes los de Diadorín. Mi amor de plata y mi amor de oro. De dolerme, mi vista se despista, se empeñaba de renube, y no encontré término para mirar al cielo. Tuve pena del pescuezo de mi caballo: mocetón, tabla sudante, padeciente. ¡Volver para atrás, para las buenas sie- rras! Yo veía, quería ver, antes de casarla, un pájaro volando sin movimiento, el suelo fresco removido por el hocico de un tapir, el cabecear de los árboles, la risa del aire y el fuego perfecto de una arara. ¿Sabe usted lo que es el rasque de un viento, sin una mata, sin una tapia que lo retrase? Diadorín no se apartó de mi lado. El caso es que balanceaba la cabeza, pensando. Adivinó que yo resbalaba lejos de él con mis pensa- mientos. —Riobaldo, no matamos a Ana Duzuza... No hici- mos nada reprochable...— dijo. Y yo, no respondiéndolo. Ahora, ¿qué era lo que aquello me importaba: de perjuicios y casti- gos? Y ambicionaba el buen desliz manso de un arroyuelo en las lajas, el buen perderse de un riachuelo bosque adentro. Y





advertí memoria de los últimos pájaros de los Bambúes del Buey. Aquellos pájaros ventilaban. Gritaban contra nosotros, cada uno asía su sombra en un palmo vivo de agua. Lo mejor de todo es el agua. En lo escaldado... —Si salgo de aquí con vida, desierto del yaguncismo, voy y me caso con Otacilia—, juré, protesta de todos mis sufrimientos. Pero incluso después, en aquella hora, yo no quería a nadie: ¡sólo me quería a mí, a mí! Yo era nuevo en lo viejo del infierno. El día de desexistir uno está por decreto: por eso es por lo que todavía hoy me ve usted aquí. Ah, y los pozos no se encontraban... Alguno se había declarado ya muerto. El Miquín, un rapaz serio, sincero, que mucho valía en el guerreo, paróse y se rió: —¿No será una suerte?—. Después, sufrimos el grito de uno, delante: —Estoy ciego...— Pero aquél, el de lo peor, cayó total, vuelto retorcido; embarazando los pasos de las monturas. De repente, uno gruñón, reclamó por lo bajo. Otro también. Los caballos estaban atontados. Vi un corro de caras de hombres. Suyas las caras. Creo que alguno hasta las orejas las tenía cenicientas.

Y otro: todo ennegrecido, y sangraba por las ventanillas y por los buches de los ojos. ¿No atendía a nada Medeiro Vaz? Oí mis venas. Allí, caminando, pude agarrar la rienda del animal de Diadorín —aquellas piezas dolieron en mi mano—, pensé que quedé un instante inclinado: —¡De aquí, de este mismo lugar, no me voy! ¡Sólo arrastrado vencido!—, pero hablé.

Diadorín pareció de piedra, perro que mira. Sin embargo me miró con firmeza, con aquella belleza que nada hacía cambiar. —Pues vamos a volver, Riobaldo... Que veo que nada salió viable...— —¡En tal tiempo! —retruqué, más fuerte, ronco como guariba. Fue ahí cuando el caballo de Diadorín se desfondó abierto, extendido en el suelo, y se agonizó. Yo me apeé del mío. Medeiro Vaz estaba allí con un aspecto repartido.

Gente compañera, alrededor, se sofocaba, por el resultado. —¿Tenemos que volver jefe?—, solicitó Diadorín. Acabó de hablar y suspendió un gesto, hacia nosotros: que nos refrenásemos. Buen tono; pero se veía que Medeiro Vaz no podía querer otra que no fuese lo que Diadorín preguntaba. Medeiro Vaz, entonces, por primera vez, abrió las manos a los lados, por no poder hacer nada; y se mantuvo con los hombros bajos. Más no vi, y entendí. Cogí mi calabaza, eché un trago, amargo de hiel. Pero era el final de ya volverse, Dios me dijo. Y —sépalos usted— de sopetón ya estaba yo remozado, sano, dispuesto. Todos influidos así. Para atrás, siempre da gusto. Diadorín palpó mi brazo. Vi: sus ojos rezumantes. Por mor que, después, supe que la idea de atravesar el Liso del Susuarón fue él, Diadorín, quien a Medeiro Vaz la había aconsejado.

Salir en la oscuridad, ya lo sabe usted: aquellas ramas de árboles dándote en la cabeza. Siempre iba hasta lejos; cuando volvía, encontraba al personal preparándose, el café ya colado, la caballería en fila para el viaje. Una vez, todavía más lejos fui que las otras. Y di con un lázaro.

Se encontraba como acechando, en lo alto de un árbol, para esconderse, como una serpiente araramboia. Casi me llevé un susto. Y era un hombre en llagas asquerosas, leproso, un terminado. ¡Para no ver cosas así, me saco los ojos! Promoví mi revólver. Aquél se encogió de repente, temblando; y tembló tan de prisa que los ramajes del árbol enroscaron un rumor de viento fuerte. No gritó, no dijo nada. ¿Poseería sobra de alguna voz? Yo tenía que aplastujar aquella cosa inhumana.

De un hecho, en aquel momento, me acordé: de lo que me habían contado, de la vez que Medeiro Vaz divisó a un enfermo de aquellos en un guayabar. El hombre había ido a lamer con la lengua las guayabas maduras, una a una, en el árbol, con la intención de traspasar el mal a otras personas, que después las comiesen. Algunos hacen eso. Medeiro Vaz, que era justo y servicial, acabó con su vida. Aquello contaban, ya por dentro de mi oído. Una antipatía en mí, un ansia fuerte: el lázaro debía de heder; donde estuviese, a donde fuese, emporcaba más que una babosa grande y todo lo apestaba de enfermedad maldita. De modo que las guayabas de todos los guayabares se volverían fruta venenosa... y si yo le diese al gatillo: ley leal aquella, de Medeiro Vaz...



GLOSARIO

Burití: Se trata de una hermosa palmera, muy abundante en el sertón, que crece al lado de las corrientes de agua y cuyos cocos, al caer al suelo y germinar, van dando lugar al desarrollo de largas hileras de árboles que denuncian desde lejos la existencia del agua.

Buritizar (buritizar): Grupo, más o menos numeroso, de burities.

Mangaba: Fruto de la mangabeira (mangabeira).

Sertón: Palabra que carece de correspondencia en castellano, como ocurrió con las ya admitidas en nuestra lengua *jungla* y *tundra*. Designa los terrenos incultos del interior de un continente, cuando éstos no reciben otros nombres particulares. En las traducciones argentinas suele aparecer la forma aceptada por nosotros en este artículo.

Vereda: propiamente significa los valles que bordean a las corrientes de agua menos caudalosas que los ríos, pero en la región en que se desarrolla la acción de este libro son denominadas así las propias corrientes. Es un localismo cuya conservación consideramos imprescindible.